

IMPLICACIONES DE LA CRISIS DEL PETRÓLEO PARA LAS POLÍTICAS DE CRECIMIENTO DE UN PAÍS IMPORTADOR DE PETRÓLEO

La experiencia japonesa

HIROSHI KITAMURA

I. Introducción: cuatro años después de la crisis del petróleo

EN EL QUINTO AÑO después de la crisis del petróleo de 1973, la economía japonesa no ha alcanzado todavía una situación en la que, una vez superada la recesión y los subsecuentes desequilibrios, pueda decirse que se encuentra firmemente sobre una nueva senda de vigoroso crecimiento. La recesión fue la más severa y la más larga de toda la historia del Japón de la posguerra. De hecho, fue la primera recesión después de la guerra, en el sentido clásico, pues entrañó una caída del nivel absoluto de la producción nacional real, en contraposición con las simples disminuciones de la tasa de crecimiento, implícitas en el concepto de "recesiones de crecimiento" de la posguerra. La producción industrial bajó un 20% en cinco trimestres consecutivos hasta el primer trimestre de 1975, mientras que en las recesiones anteriores (1962, 1975, 1971) había bajado menos del 3% durante menos de dos trimestres consecutivos.

Sin embargo, aún cuando se pensó que el actual ciclo había entrado en una fase de expansión, el crecimiento de la producción ha sido sumamente lento. Lejos de seguir una línea recta ascendente, como había sucedido usualmente en las fases anteriores de mejoría, en las segundas mitades de los

últimos tres años la recuperación se ha visto regularmente interrumpida por las llamadas "pausas". La recuperación ha sido tan frágil que todavía es dudoso si se ha terminado realmente la verdadera fase recesional del ciclo. La producción industrial del Japón necesitó cuatro años y un trimestre para recuperar el nivel que había alcanzado antes de la crisis del petróleo, dos años más tarde que el resto de los principales países industrializados. Incluso en el momento de escribir este artículo (junio de 1978), cuando hay a la vista algunos alentadores signos de recuperación, que muestran un vigor considerable, todavía es tema de debate si la economía japonesa no puede caer en otra ronda de "pausa" en la última parte del año.

Obviamente, ha habido un marcado cambio en el comportamiento cíclico de la economía japonesa. Mientras que las recesiones de las décadas de 1950 y 1960 se absorbían sin dificultad en la dinámica tendencia de un crecimiento de alta presión, hoy en día la economía parece tener muchas dificultades para escapar de la trampa del estancamiento, a pesar de la postura expansionaria que la estrategia de administración de la demanda ha adoptado recientemente. ¿Ha de atribuirse este continuo tono de estancamiento a fallas de la estrategia? ¿O encontramos acaso algunos cambios radicales en el potencial de crecimiento a largo plazo de la economía japonesa, que se reflejan en el cambio de patrón del ciclo económico? ¿Cuáles son, entonces, los factores que han provocado un cambio tan pronunciado en la tendencia de crecimiento?

Podríamos caer en la tentación de establecer una relación causal entre el cambio radical en la tendencia del potencial del crecimiento y la crisis del petróleo ocurrida entre octubre de 1973 y enero de 1974. Este artículo tiene como propósito analizar cómo el embargo temporal de petróleo y los subsiguientes aumentos drásticos en el precio del mismo han afectado la mecánica interna de la economía japonesa y la administración económica por parte de las autoridades. Sin embargo para poder hacer una evaluación apropiada del efec-

to que tuvo la crisis del petróleo en la situación del crecimiento del Japón, parece adecuado recordar que la tendencia de crecimiento del Japón puede haber entrado en un momento crítico antes de que se presentara la crisis del petróleo.

II. *El cambio en la situación de crecimiento antes de la crisis del petróleo*

La forma en que se dio el crecimiento en Japón hasta principios de la presente década fue, sin duda, extraordinaria bajo cualquier punto de vista. Puede decirse que la tasa potencial de crecimiento real, que está determinada por la tasa de progreso tecnológico, fue del orden del 10% anual durante el período de 1955 a 1970. Durante gran parte del período de posguerra se dio una especie de mecanismo neoclásico que logró ajustar la tasa de crecimiento —que los empresarios consideraban óptima pues había un aprovechamiento total de los sistemas productivos y de los ahorros disponibles (la tasa certificada en el sentido de Harrod)— gradualmente hasta llegar a esta tasa natural sostenida de crecimiento potencial. Sin embargo, durante la última mitad de la década de 1960, la tasa de crecimiento anual real tendió incluso a acelerarse a una increíble cifra del 12.1%, lo que probablemente conducía a una situación de hiperempleo y al surgimiento de muchos cuellos de botella y presiones inflacionarias.

Dada una administración adecuada de la demanda, el problema de un crecimiento económico sostenido se reduce al problema de aumentar adecuadamente la oferta de factores productivos y de mejorar la eficiencia con que se usan estos factores. Habiendo empezado no hace mucho a partir de la condición de una economía casi subdesarrollada con abundante mano de obra, la agricultura y otros sectores atrasados de Japón sirvieron como un gran depósito de mano de obra excedente, potencialmente a disposición del sector industrial a un precio de oferta constante. Desde la última mitad de la década de 1950, la propensión al ahorro en Japón alcanzó un

nivel excepcionalmente elevado, condicionada por ciertos factores de la dinámica social que no se explican totalmente en términos económicos. Sin embargo una vez que la tasa de ahorros agregados llegó a un alto nivel, la elevada tasa de ahorros tendió a generar una tasa todavía más elevada de ahorros al acelerar el ritmo del crecimiento económico; dado que los ingresos de que se podía disponer aumentaban mucho más rápido de la tasa prevista, el aumento del consumo tenía que quedarse muy por debajo del aumento de los ingresos, lo que venía a generar *ex post* una elevada tasa de ahorros.

El aumento en la oferta de capital y mano de obra del Japón se dirigió, en altas concentraciones, al sector industrial, especialmente a la industria pesada y a la industria química que fabricaban bienes intermedios y de producción. Dado que la industria de bienes de producción se caracterizaba generalmente por un alto grado de eslabonamientos ascendentes y descendentes, la inversión podía alimentarse en gran medida de la inversión, en una especie de proceso circular de expansión de la inversión. Esta expansión un tanto desequilibrada de la estructura industrial estaba apoyada por el sesgo inherente a la introducción de tecnología extranjera. En presencia de una considerable brecha tecnológica entre Japón y otros países desarrollados de Occidente, debida a un largo período de encierro, la facilidad de tomar prestada e importar tecnología avanzada del extranjero a escala masiva mantuvo durante bastante tiempo el índice de progreso tecnológico a un nivel lo suficientemente elevado como para apoyar una tasa elevada de crecimiento potencial. Huelga decir que la ausencia de restricciones a la demanda fue condición importante para que se lograra una alta tasa de crecimiento sostenido. Es posible que hayan sido igualmente importantes las salidas de exportaciones. Sin embargo, vale la pena señalar que el crecimiento de Japón en la posguerra no fue dirigido hacia las exportaciones en el sentido de que éstas proporcionaran un ímpetu primario autónomo al crecimiento: el grado en el que la economía dependía de las exportaciones

se mantuvo casi constante, a un nivel relativamente bajo del 9%, hasta hace muy poco.

El análisis anterior está de acuerdo con las observaciones de Nicholas Kaldor, que llegó a la conclusión de que un patrón de crecimiento económico y de industrialización intensamente orientado a la inversión es, generalmente, "atributo de una etapa intermedia del desarrollo económico; es la característica de la transición de la 'inmadurez' a la 'madurez' ".¹ Las circunstancias esenciales que son responsables del rápido crecimiento del Japón en el período de posguerra, tales como la existencia de una gran brecha tecnológica y de una oferta elástica de mano de obra, estuvieron sin duda relacionadas de forma crucial con una etapa relativamente inmadura de desarrollo económico. Una vez que cambian radicalmente las condiciones sociales necesarias para una alta propensión al ahorro, una vez que las fuentes de oferta elástica de mano de obra se agotan significativamente, una vez que se cierra la brecha tecnológica que separa a Japón de Occidente, una vez que se eleva el nivel de acumulación interna de existencias de capital y aumenta la participación del país en los mercados mundiales —en resumen, una vez que la economía llega a una determinada etapa de madurez económica— el mecanismo que generó con regularidad una tasa de crecimiento excepcionalmente elevada puede dejar de funcionar tan eficazmente como en el pasado.

El mecanismo de un crecimiento de transmisión directa puede dejar de operar eficazmente si se da una serie de cuellos de botella físicos y se reduce la eficiencia económica. Pero los problemas de la eficiencia y el equilibrio económicos no se limitan a la esfera del equilibrio y la oferta físicos, sino que involucran también, de manera esencial, modelos de motivaciones y respuestas humanas, que llevan implícitos valores sociales subyacentes. Estaba en la naturaleza misma del proceso de rápido crecimiento económico orientado a la inversión, que se maximizara la acumulación de capital privado

¹ Nicholas Kaldor, *Causes of the Slow Rate of Economic Growth in the United Kingdom*, conferencia inaugural, Cambridge, 1966, p. 3.

a expensas de otras necesidades sociales, lo que condujo a un mayor desequilibrio entre la prosperidad del sector empresarial privado y las deficiencias de los bienes y servicios públicos y sociales. Hacia fines de la década de 1960, surgió en Japón un consenso nacional de que el rezago en la formación de capital social tenía consecuencias deplorables para el sano equilibrio de la economía y para el bienestar del pueblo. Más aún, el poner de relieve el objetivo de un crecimiento cuantitativo sesgaba considerablemente la asignación de fondos de inversiones públicas a favor de áreas que son complementarias y que, de hecho, propician la inversión y la producción en el sector privado, a expensas de proveer servicios públicos para los consumidores. Deficiencias de particular importancia se encontraban en la construcción de viviendas y en el sistema de seguridad social; y la creciente frustración social, así como las expresiones de insatisfacción, empezaron a poner cada vez más en duda el otrora único objetivo del crecimiento económico.

A la corriente de opinión anticrecimiento causada por los inadecuados servicios sociales, se añadieron las circunstancias agravantes de la limitada dotación de recursos y de capacidad de absorción física del país. El desequilibrio entre la creciente actividad económica y la limitada base física del país se expresó claramente en la magnitud amenazadora del daño ambiental. Estrechamente relacionadas con los problemas de armonía ambiental estuvieron las limitaciones impuestas por la falta de recursos en general y de espacio en el que ubicar las instalaciones de producción, en particular. No todos los trastornos al entorno humano y natural, como la contaminación y la congestión urbana, tenían que registrarse como "debe" en la cuenta del crecimiento económico mismo, pero por lo menos parte de ellos eran sin duda consecuencias indeseables del fenomenal crecimiento económico del pasado. Por lo tanto, hacia fines de la década de 1960 se dio un amplio acuerdo en Japón de que se necesitaba urgentemente un cambio radical en el antiguo patrón de crecimiento económico.

Así pues, ya estaba en la agenda un cambio básico en las prioridades de la política pública que, de haberse seguido consistentemente habría producido un cambio en la pasada tendencia del crecimiento económico, aún en ausencia de condiciones materiales que terminaran con el período de rápido crecimiento. De hecho, la orientación de la nueva política meramente precipitó los cambios en los patrones de crecimiento: las crecientes tensiones y desequilibrios del flujo económico circular se reflejaban cada vez más en la tendencia persistente a un aumento en los precios.

El problema de la inflación contemporánea en Japón puede remontarse a distintas fuentes y elementos. Al principio, la escena estaba dominada por las presiones de salarios generalizadas sobre la base de las tasas diferenciales de crecimiento de la productividad. Sobre el fondo de una creciente escasez de mano de obra, el sector avanzado de mayor y creciente productividad se vio obligado (y estaba en posición de poder hacerlo) a mejorar las ofertas de salarios, de modo que los salarios pronto empezaron a aumentar en forma general durante la década de 1960. El aumento promedio anual de los salarios de la industria, que fue de 5.5% en la última mitad de la década de 1950, aumentó a 10.3% y a 13.8% en la primera y segunda mitad de la década de 1960, respectivamente. De hecho, a partir de 1968, la tasa de aumento en los salarios nominales tendió incluso a ser mayor que la tasa de crecimiento de la productividad física, y el alza de los costos pronto generalizó el aumento de costos por salarios a un aumento general en los precios.

Sin embargo, desde 1972, se añadieron nuevos e importantes elementos a las ya presentes fuerzas inflacionarias y estos elementos caracterizaron la nueva fase del problema de la inflación en Japón. Uno de estos factores fue a menudo la llamada inflación "por desplazamiento de la demanda", que se originó en una respuesta inadecuada de la capacidad de oferta a los desplazamientos de la demanda hacia el consumo colectivo y la inversión pública que se dieron bajo las nuevas prioridades de la política pública. El otro fue la in-

flación de "cuello de botella" que se generalizó rápidamente en el segundo trimestre de 1973. La aparición de presiones inflacionarias generalizadas en Japón coincidió y en verdad fue parte de una inflación mundial que hizo que los precios de los productos básicos aumentaran, desde mediados de 1972 hasta los primeros tres trimestres de 1973, a niveles elevadísimos y sin precedentes. En condiciones de exceso de liquidez, parcialmente relacionada con la caída del orden monetario internacional, el índice de precios al mayoreo empezó a elevarse a un ritmo acelerado, y más rápido que el de los precios al consumidor, llevando la tasa de inflación del 10 al 15% en los primeros tres trimestres de 1973. Así pues, antes de que surgiera la crisis del petróleo, la inflación del Japón parece haber entrado en una fase de aceleración por espiral como reflejo de crecientes tensiones económicas y sociales y desequilibrios materiales.

A la luz de síntomas cada vez mayores de desequilibrios y tensiones económicas y de un cambio en las prioridades políticas, parece muy posible sugerir que el período de crecimiento rapidísimo, según el antiguo camino de un desarrollo centrado en inversiones, llegó a su fin aproximadamente en 1970. La fase descendente del ciclo económico, que duró desde el cuarto trimestre de 1970 al trimestre correspondiente de 1971, marcó probablemente el principio del período de transición en el que empezaron a aparecer en escena nuevas fuerzas que bloquearon la continuación del antiguo ímpetu de crecimiento. Cuando a principios de 1972 la economía emprendió una nueva fase de expansión cíclica, se dio un considerable desplazamiento de la demanda, políticamente provocado, el cual, sin embargo, como lo mencionamos antes, desembocó rápidamente en un desequilibrio de tal magnitud que las autoridades se vieron obligadas a aplicar una serie de medidas para controlar la demanda ya en el primer trimestre de 1973.

Esta vez, la economía llegó pronto a los límites de la capacidad de oferta. Si tomamos en consideración todos los ciclos completos, el crecimiento de las inversiones privadas en

el ciclo económico de la última mitad de la década de 1960 fue a una tasa anual promedio de 16%, lo que permitió que la capacidad productiva del sector industrial aumentara un 12% al año. Como contraste, en el ciclo 1971-1973, la inversión privada creció a una tasa anual de no más del 10%; esta tasa se reduce a solamente un 6.6% en términos de contribución a la productividad, si se deducen las inversiones para el control de la contaminación. De esta manera, la capacidad de fabricación y el potencial de crecimiento real de la economía se expandieron según un promedio no mayor del 7.4% anual.² Sin embargo, el crecimiento de la demanda no se ajustó a tiempo al limitado crecimiento del potencial de la oferta, lo que inevitablemente dio como resultado una forma clásica de auge inflacionario, precipitada por la aparición de cuellos de botella específicos en la oferta. La efímera expansión económica llegó a su fin en el cuarto trimestre de 1973 debido a una política deliberadamente restrictiva de administración de la demanda.

III. *Efectos a corto plazo de la crisis del petróleo.*

La amenaza de una restricción deliberada del abastecimiento de petróleo y energéticos en el primer trimestre de 1973 sumergió al mundo en una "crisis", justo en el momento en que la economía japonesa luchaba a brazo partido con el problema de los precarios equilibrios internos entre las desenfrenadas presiones inflacionarias y de un incipiente descenso de la actividad económica. Japón resintió particularmente el efecto de tal amenaza, pues es un país mucho más dependiente del abastecimiento de petróleo foráneo que cualquier otro país industrializado (hasta un 77% del abastecimiento primario de energéticos en el año fiscal de 1973), y puesto que en Japón más de la mitad del abastecimiento total de energéticos se dedica a usos industriales. Generalmente se suponía que la esperada restricción de abastecimientos de

² Economic Planning Agency, *Keizai Hakusho 1974* (Economic Survey of Japan, 1974), pp. 21-22.

energéticos limitaría seriamente la base y el potencial productivo de la economía japonesa. La Agencia de Planificación Económica incluso proyectó que, dada una reducción del 10% en el combustible, la economía podría terminar en 1974 con un miserable récord de crecimiento de menos del 5%.

Pronto se levantó el embargo del petróleo, pero éste nos obligó a reconocer cuán vulnerable era la economía japonesa y cuán vulnerable seguiría siendo a los cambios repentinos en las condiciones externas de abastecimiento de recursos. Si entrábamos en una nueva era de provisión limitada de recursos naturales, en lugar de la pasada época de oro en la que se había dado un abastecimiento casi ilimitado de recursos baratos —como se pensaba en todas partes inmediatamente después de la crisis del petróleo— la necesidad de contemplar la posibilidad de restringir cuantitativamente la provisión de energéticos y de otros recursos limitaría seriamente las perspectivas de crecimiento a mediano y largo plazo de un país en la posición de Japón.

En realidad, el abastecimiento de petróleo no fue reducido inmediatamente y el problema más urgente pasó a ser el de que los precios del crudo se cuadruplicaron y ello tuvo serias consecuencias a corto plazo para la posición de pagos internacionales de un país importador de petróleo y para la política de administración económica interna. Al valorar los efectos económicos del aumento en los precios del petróleo es quizá útil referirnos a la frecuentemente usada analogía de que se trata de un impuesto indirecto que le cobran los países productores de petróleo a los usuarios del mismo.³ El aumento en los precios del petróleo provocará alguna baja en la cantidad de petróleo que se consuma, pero como la elasticidad con respecto al precio es baja, subirán los gastos monetarios en petróleo. Así, el aumento en el precio del petróleo hará que se gaste en petróleo importado una proporción

³ Para el siguiente análisis teórico, el autor se basa continuamente en las excelentes exposiciones de W. M. Cordon y Peter Oppenheimer en los capítulos 2 y 3 de T. M. Aybczinski, ed., *The Economics of the Oil Crisis*, Londres, Macmillan para el Trade Policy Research Center, 1976.

mayor del ingreso interno del país importador y que, por ende, sea menor que la que gasta en bienes y servicios de origen local. Si inicialmente había un equilibrio entre ingresos y gastos, el efecto inmediato sería deflacionario de la demanda y serían necesarias medidas fiscales deliberadamente expansionarias para evitar una recesión en esta situación keynesiana. Una recesión no es inevitable: para restaurar el equilibrio interno se necesitará simplemente que el gasto exceda al ingreso en la suma de la cuenta de importación de petróleo o el déficit de la cuenta corriente.

No obstante, en la medida en que ha habido una reducción de la cantidad de petróleo consumido, debe haber disminuido el gasto y el ingreso real. Al mismo tiempo, se señaló que el gasto monetario nominal debe aumentar para poder garantizar un empleo total. La forma particular en que se reconcilien los dos postulados indicará la probabilidad de que se intensifiquen las presiones inflacionarias. Puesto que el ingreso real total tiene que bajar, deberán bajar o bien las utilidades o bien los salarios reales compatibles con el empleo total. Suponiendo que aunque se "exprima" la inversión y las utilidades esto no bastará para alcanzar la baja requerida en la "absorción", la disminución de los salarios reales probablemente asumirá la forma de tasas diferenciales de aumento entre precios y salarios bajo la "resistencia de salario real" prevaleciente (Hicks). Cualquier intento de reducir los salarios reales por salarios nominales dados provocará mayores presiones para que se aumenten los salarios nominales, lo que a su vez hará que los precios suban todavía más. Esta espiral de precios y salarios puede superponerse a cualquier inflación que esté ya operando, como fue el caso de Japón hacia fines de 1973.

Si se intensifica esta espiral inflacionaria de los costos, el gobierno podría tener más incentivos para aplicar políticas aún más severas de control de la demanda que a su vez originarán recesión y desempleo —el efecto deflacionario, políticamente provocado, se agrega al efecto deflacionario natural del aumento del precio del petróleo al que nos referí-

mos antes. En qué medida es necesario reducir los salarios reales para que se logre el nivel requerido de "desabsorción" es algo que, naturalmente, va a depender parcialmente de qué tanto de los déficits en la cuenta corriente provocados por las crecientes importaciones de petróleo va a ser cubierto por préstamos del exterior. Si el gobierno toma prestado del exterior para sostener los salarios reales, habrá mucho menos necesidad de desabsorber los ingresos nacionales; esto probablemente reducirá la espiral de precios y salarios y por lo tanto la necesidad de imponer políticas de administración de la demanda orientadas a la recesión. Por otra parte, si el gobierno intenta liquidar los déficits en la cuenta corriente lo más pronto posible, negándose a tomar prestado del exterior, hay probabilidades de que sea mayor la pérdida en bienestar social a corto plazo en el país importador de petróleo.

A este respecto, el análisis tradicional del "problema de la transferencia" puede ayudar a comprender mejor las implicaciones ulteriores del aumento en el precio del petróleo respecto del bienestar social del país importador de petróleo. El aumento en los pagos por importación de petróleo representa una transferencia del poder de desembolso de mano de consumidores e inversionistas del país importador a manos de los países exportadores de petróleo. El problema de la transferencia se ocupa precisamente del mecanismo que permite que una transferencia de recursos reales sea el resultado directo de una transferencia monetaria. Habrá una transferencia real del país importador de petróleo a los productores cuando la ahora elevada cuenta de importación de petróleo se equilibre con un aumento equivalente en las exportaciones a los países productores de petróleo. Para dar lugar a las exportaciones extra, el gasto real caerá aún por debajo de su nivel anterior, en una cantidad igual a la disminución de la absorción interna de productos y servicios producidos localmente, requerida para el mantenimiento del equilibrio interno. Dado que probablemente el aumento en el poder adquisitivo de los países productores de petróleo no se gastará totalmente en los bienes y servicios de producción nacional del

país importador del cual se derivó inicialmente dicho poder adquisitivo, el país importador de petróleo probablemente tendrá que llevar una "carga secundaria" bajo la forma de relaciones de intercambio cada vez más deterioradas.

Lo que sucedió en Japón fue que la crisis del petróleo coincidió con el momento culminante de las presiones inflacionarias al final de la fase expansionaria del ciclo. Si la inflación de los precios hubiera estado mejor controlada, el impacto inmediato de la crisis del petróleo en el comportamiento nacional de los precios hubiera sido menos severo. Pero en el caso de Japón el pronunciado efecto de la crisis en los precios se transmitió directamente, sin duda aumentado considerablemente, a los precios nacionales, en lugar de indirectamente a través de posibles espirales de precios-salarios: entre el último trimestre de 1973 y el primero de 1974, la tasa de inflación (comparada con el período correspondiente del año anterior) aumentó de 24.0% a 35.5% en términos de precios de venta al mayoreo y de 16.5% a 24.3% en términos de precios al consumidor; uno de los peores comportamientos de los precios entre los países industrializados en ese momento. Ante un comportamiento tan desquiciado de los precios, alimentado por "cacerías de productos" provocadas por la especulación y el miedo, entre las que se cuentan "cacerías" de productos de primera necesidad como el papel higiénico, el objetivo dominante e inmediato de la política fue naturalmente controlar de alguna manera y en el menor tiempo posible esta "loca" inflación. Ése fue el comienzo de la recesión políticamente provocada que, superpuesta al efecto deflacionario natural del aumento en los precios del petróleo, causó que el nivel de producción nacional real disminuyera en un 3.2% en el primer trimestre de 1974 comparado con el nivel del trimestre anterior.

Va a ser casi imposible medir de forma aislada los efectos inflacionarios y deflacionarios que tuvo el cambio de los precios del petróleo sobre ciertas variables económicas claves, ya que en realidad tendieron a ser eclipsados o borrados

por otros efectos, colaterales y en cadena, de tipo psicológico. Sin embargo, la Agencia de Planificación Económica del gobierno de Japón hizo el intento de calcular, mediante el uso de un modelo econométrico aplicado a la economía en su conjunto, cuáles hubieran sido los niveles del PNB real, del consumo y de la inversión privada, así como de las tasas de inflación de los precios, de no haber ocurrido el repentino aumento de los precios del petróleo (véase el cuadro 1).

CUADRO 1

EFFECTOS DEFLACIONARIOS E INFLACIONARIOS
DE LOS AUMENTOS DE PRECIOS
DEL PETRÓLEO EN JAPÓN

(en puntos porcentuales)

	<i>PNB real</i>	<i>Consumo privado</i>	<i>Inversión privada fija</i>	<i>Precios al mayoreo</i>	<i>Precios al consumidor</i>
1973	-0.2 (6.4)	0 (5.9)	-0.1 (14.4)	1.3 (36.2)	0.1 (14.2)
1974	-2.1 (-0.2)	-0.7 (3.2)	-3.7 (-14.1)	8.5 (7.8)	3.5 (19.9)
1975	-3.4 (3.0)	-1.3 (5.7)	-6.7 (-9.3)	3.0 (2.4)	2.1 (9.5)
1976	-1.3 (5.8)	-1.1 (3.7)	-2.8 (3.4)	2.0 (4.3)	0.8 (8.4)

Nota: Puntos porcentuales de diferencia en las tasas de cambio de las variables claves bajo la influencia de la cuadruplicación de los precios del petróleo entre octubre de 1973 y enero de 1974 y el 8% de aumento de los precios del petróleo en octubre de 1975 respecto de las tasas de cambio simuladas suponiendo la ausencia de cambios de precios del petróleo. (Las cifras entre paréntesis son las reales).

Fuente: Economic Planning Agency, *Keizai Geppo* (Informe Económico Mensual), febrero de 1976, y estadísticas de ingresos nacionales. Los resultados del simulacro también se dan en Economic Planning Agency, *Keizai Hakusho 1976* (Panorama Económico de Japón, 1975), p. 25.

Cualquiera que sea la validez de los presupuestos que fundamentan el modelo, los resultados de este simulacro indican que, de no haber sido por la crisis del petróleo, el producto nacional bruto real, por ejemplo en 1974 y en 1975, habría alcanzado niveles más altos que los actuales, en un 2.1% y un 3.4% respectivamente, y que la tasa de inflación de los precios de venta al mayoreo habría sido un 8.5% y un 3.0%, respectivamente, inferiores a los actuales. Pero, lo

esencial es que, como lo sugiere nuestro análisis teórico, los efectos potencialmente deflacionarios o inflacionarios podrían haber sido fácilmente compensados por políticas nacionales apropiadas; con una administración efectiva de la demanda, incluso los trastornos iniciales podrían haber permanecido dentro de una escala manejable para la política de estabilización.

El efecto de la crisis del petróleo en la balanza de pagos parece igualmente exagerado en la situación actual del Japón, dado que la sacudida golpeó al país precisamente en el momento en que luchaba denodadamente con un deterioro sin precedentes de su posición en cuanto a pagos al exterior. La balanza de la cuenta corriente había llegado al déficit en marzo de 1973 y el margen del déficit, ajustado periódicamente, seguía creciendo mes con mes. La situación se agravó muchísimo al sumarse las nuevas cargas monetarias producidas por el aumento en la cuenta de importación de petróleo (\$6 000 millones en el año calendario 1973 a \$19 000 millones en 1974). Así, los déficits de la cuenta corriente alcanzaron la máxima trimestral de \$3 300 millones en el primer trimestre de 1974; el balance básico del año fiscal de 1973, de abril de 1973 a marzo de 1974, arrojó un déficit sin precedentes de \$13 000 millones en parte como reacción retrazada a los precipitados ajustes al tipo de cambio. En tales circunstancias, no fue difícil encontrar una justificación para la postura de que era necesario movilizar todas las estrategias de que se dispusiera, incluyendo las relacionadas con la administración de la demanda interna y las transacciones externas de capital, a fin de liquidar el desequilibrio en los pagos internacionales, a la mayor brevedad.

Estas estrategias estaban orientadas predominantemente a lograr dos objetivos: el control de la inflación y el equilibrio internacional, olvidándose totalmente de otras metas importantes, como un crecimiento económico adecuado y un empleo suficiente. Al evaluar el comportamiento económico de Japón desde la crisis del petróleo se podría partir de la premisa de que se aceptó sin cuestionar este tipo particular

de estrategia, pero parece indiscutible que debemos prestar atención a los costos inevitables de una estrategia con una gama tan limitada de objetivos. Por lo que toca al par de objetivos dominantes, el cuadro 2 indica que la estrategia de restringir la demanda en Japón ha logrado controlar con bastante rapidez la inflación y el desequilibrio internacional, pero en ambos frentes hubo razones para no aceptar con complacencia los resultados alcanzados. Por ejemplo, todavía en 1977 la tasa de inflación en términos de precios al consumidor seguía siendo relativamente alta, a un nivel del 8% de una base de año a año, no demasiado lejos de la tasa de dos dígitos. En vista de las presiones reprimidas de los costos que han permanecido en gran medida sin ajuste, la economía ha tenido que enfrentarse al peligro constante de un aumento en los precios de venta al mayoreo, como lo demuestra la aceleración de la tasa anual de aumento, de aproximadamente 1% en el tercer trimestre de 1975 a 6.8% en el trimestre correspondiente del año siguiente. No es sino hacia fines de 1977 que la situación de los precios del Japón parece haber recobrado un mínimo grado de estabilidad como para justificar cierta confianza en el futuro, con la ayuda de los ajustes a los tipos de cambio que ocurrieron en el ínterin. El balance de la cuenta corriente de Japón ha mostrado un superávit sobre una base firme desde el primer trimestre de 1976, pero lo que sucedió en realidad no fue la restauración de un equilibrio internacional, sino la reversión de un desequilibrio en el déficit de 1973 a un desequilibrio en un superávit considerable en 1977. Este trastocamiento se logró principalmente a través de la reducción de las importaciones gracias a la deflación nacional, lo que hizo que las cargas del ajuste pasaran en gran medida a otros países con quienes hay relaciones comerciales. La debilidad de este tipo de soluciones ha sido ampliamente documentada en una serie de conflictos y disputas internacionales que han dominado las relaciones comerciales de Japón con otros países industrializados de Occidente desde el año pasado.

Como se mencionó antes, el período de cuatro años des-

de la crisis del petróleo puede dividirse en la fase "recesión" (o la disminución de la producción) hasta el primer trimestre de 1975 y la siguiente fase de lenta y dudosa "recuperación". El trimestre que separa una fase de la otra coincide también con el momento en el que la estrategia de administración de la demanda ha tomado una dirección expansionista y este hecho puede señalar la importancia de la estrategia elegida para el actual curso del proceso económico. Para empezar, pudo haber estado justificada una política drástica de desinflación como medida de emergencia para contrarrestar el desquiciamiento inflacionario. Pero, en realidad, se ha seguido aplicando durante un período bastante prolongado una política estrictamente restrictiva de administración de la demanda. Aún cuando empezó a introducirse una cierta nota reflacionaria en las políticas fiscales y monetarias a principios de 1975, la política ha seguido siendo en extremo cautelosa y titubeante, probablemente debido a un miedo a enfrentar grandes déficit presupuestarios y una renovada inflación de los precios.

De manera característica, la frecuencia con la que ocurren los cambios de política ha aumentado enormemente, mientras que las medidas fiscales monetarias expansionarías se han aplicado siempre en dosis reducidas y moderadas; así, una modesta expansión de la demanda efectiva no ha sido suficiente para reavivar la economía de manera tal que pueda sostenerse. A lo largo del período, la economía ha estado operando muy por debajo de su capacidad potencial de producción. Dado que la capacidad productiva en la economía se ha estado expandiendo probablemente a un índice no mucho menor de un 5 a un 6% al año como consecuencia de una *ratio* de inversión de aproximadamente un 15%, el frágil proceso de "recuperación" ha implicado en realidad que persista una brecha deflacionaria constante estimada en un 10-15%. El cuadro 2 nos da una clara imagen de hasta qué punto han estado subaprovechados los recursos productivos del Japón. El desempleo ha seguido creciendo, incluso en los últimos meses. Y si le añadimos la cifra del desempleo

disfrazado que mantienen las nóminas de las empresas, y que es, según los cálculos, de más de 2 millones, la tasa de desempleo llegaría a un nivel del 6.5%, comparable al peor desempleo registrado en los años treinta. La relación entre las ofertas de empleo y los solicitantes, que se mantuvo constantemente por encima de la unidad antes de 1974, ha bajado a aproximadamente 0.5 sin que haya ningún signo de recuperación, mientras que la tasa de aprovechamiento de la capacidad en el sector industrial ha seguido estancada en un nivel 15% por debajo del nivel anterior a la crisis del petróleo. Visto desde este ángulo, se puede decir con seguridad que la economía japonesa ha estado pasando continuamente por épocas de estancamiento desde la crisis del petróleo.

Hay controversia sobre si la política de administración de la demanda en Japón se ha mantenido demasiado tiempo y ha sido demasiado restrictiva, provocando una pérdida económica considerable e innecesaria. Quienes apoyan la continuación de la política restrictiva dirían que, de haberse abandonado la política antes de que hubiera perspectivas de una estabilidad mínima en los precios, las políticas oscilatorias (*stop and go*) habrían estado mucho más limitadas por la continua amenaza de presiones inflacionarias; como lo sugeriría la experiencia de algunas economías con tendencia a la inflación, no habría habido ni siquiera la seguridad del modesto crecimiento económico de más del 5% que alcanzó Japón en los últimos dos años. Esta argumentación presupone que tendría que restituirse algún tipo de relaciones equilibradas entre los precios y los salarios, bajo la disciplina de las fuerzas del mercado, que se halla bajo la amenaza del desempleo, y que la estabilidad en los precios así lograda permitiría el restablecimiento de un vigoroso proceso de crecimiento en ausencia de potenciales inflacionarios latentes. De hecho, la tasa anual de aumento del salario nominal ha caído de las anormales alturas de 33% en el año fiscal de 1974 a 13% en el año fiscal de 1975 y a 9% en los años fiscales de 1976 y 1977. Durante la ronda de negociaciones de salarios en la primera mitad de este año, parece que el ni-

vel del arreglo final fue de aproximadamente el 6%, lo que está en relación más o menos razonable con el aumento previsto para la productividad. Aparte de los enormes sacrificios económicos que implica el prolongado estancamiento, ¿podemos, sin embargo, estar seguros de que ha quedado completamente eliminado el potencial de las conocidas espirales precios-salarios? Si el intento de superar el estancamiento por medio de la expansión de la demanda condujera inmediatamente a la reaparición de presiones inflacionarias de los costos, ciertamente habría razón para combinar la política expansionaria de la demanda con un control de la inflación por medio de algunas políticas de precios e ingresos, en lugar de insistir en el enfoque puramente negativo de causar una deflación deliberada.

La mayoría de los economistas dirían, siguiendo la tradición keynesiana, que no se obtendría ninguna ventaja con la política deliberada de evitar la realización de una parte considerable del potencial de producción y crecimiento. Después de la crisis mundial del petróleo, algunos de los países más pequeños de Europa del Norte siguieron conscientemente una política que daba mayor prioridad al empleo total que la que le daban los principales países industrializados. Aunque su decisión puede estar relacionada con el hecho especial de que ellos no son importantes dentro de la economía mundial, el récord de crecimiento de estos países más pequeños merece la pena de un examen más cuidadoso: la producción industrial ha seguido aumentando mucho después de la crisis del petróleo, la recesión ha durado mucho menos y las economías se encuentran ahora en un nivel un tanto más elevado de producción real, con un comportamiento de los precios ligeramente inferior, si se compara con el nivel anterior a la crisis del petróleo del grupo de los principales países estabilizadores.⁴ Seguir con una política restrictiva no sólo reduciría el nivel de producción y bienestar social actual, sino que, además, a medida que se redujera la inversión

⁴ Véase Economic Planning Agency, *Sekai Keizai Hakusho 1977* (Annual Survey of the World Economy 1977), pp. 73-74.

productiva, a largo plazo, el efecto de tal política sería más bien el de obstaculizar el mismo potencial de crecimiento y hacer inalcanzable una transición a un estado, a mediano plazo, de crecimiento estable. La argumentación se finca, por supuesto, en el presupuesto de que, en la situación posterior a la crisis del petróleo, las fuertes políticas reflacionarias pueden ser tan efectivas para alcanzar los objetivos de crecimiento como lo fueron antes de la crisis.

Sin embargo, considerando que han cambiado la estructura y la mecánica del flujo circular económico, no podemos ser optimistas sobre la capacidad de la economía para responder positivamente a los estímulos que le dan las políticas expansionarias. Un indicador de las dificultades que ha estado experimentando la economía japonesa para ajustar su estructura industrial es la divergencia que se ha observado entre distintas serie cronológicas, desde la crisis del petróleo; en tanto que el PNB real se estima ahora a un nivel 14% más alto que el de hace 4 años, el índice de producción industrial en el cuarto trimestre de 1977 apenas ha recuperado el nivel anterior a la crisis del petróleo. Como se muestra en el cuadro 3, la brecha deflacionaria en el período posterior a la crisis del petróleo se debe principalmente al estancamiento de las inversiones de compañías privadas, mientras que la excesiva provisión de ahorros en el sector familiar ha mostrado una tendencia a aumentar. La propensión al ahorro, que tradicionalmente era alta e incluso crecía con el tiempo durante el pasado período de alto crecimiento del Japón, ha aumentado todavía más desde la crisis del petróleo, mostrando inclusive un acelerado índice de crecimiento por encima de la línea de la tendencia. Es interesante notar que la propensión al ahorro por encima de la línea de la tendencia es un fenómeno común de Japón, el Reino Unido e Italia, tres países que muestran un comportamiento de los precios relativamente peor, mientras que la propensión al ahorro ha mostrado una tendencia a disminuir por debajo de la línea de la tendencia, casi inmediatamente después de la crisis del petróleo, en los Estados Unidos y la República Fe-

CUADRO 2
TASA DE INFLACION, BALANZA DE PAGOS Y GRADO DE SUBUTILIZACION
DE LOS RECURSOS DE PRODUCCION

	Tasa de inflación 1		Balanza de pagos 2		Empleo y utilización de la capacidad		
	Precios al consumidor	Precios al mayoreo	Cuenta corriente	Balanza básica	Totalmente desempleados 3	Relación oferta de empleos solicitantes	Tasa de utilización de la capacidad 4
1972	4.5	0.8	6 624	2 137	730	1.16	95.0
1973	11.8	15.8	— 136	—9 886	680	1.76	100.6
1974	24.4	31.4	— 4 693	—8 574	730	1.20	91.4
1975	11.8	3.0	— 682	— 954	1 000	0.61	81.2
1976	9.3	5.0	3 699	2 711	1 080	0.64	87.5
1977	8.0	1.9	10 918	7 784	1 100	0.56	87.0
<i>Meses recientes (ajustado según la estación)</i>							
1977	Sept.	7.6	1 071	529	1 120	0.53	85.9
	Oct.	7.5	937	323	1 080	0.52	84.4
	Nov.	6.2	1 282	967	1 140	0.52	86.3
	Dec.	4.8	1 124	877	1 180	0.54	87.4
1978	Jan.	4.3	1 562	1 513	1 130	0.53	88.4
	Febr.	4.2	1 917	2 079	1 160	0.53	88.1
	March	4.5	2 050	2 061	1 180	0.55	—

1 Tasa de cambio de precios a partir del año anterior o del mes correspondiente del año anterior.

2 En millones de dólares de Estados Unidos.

3 En mil personas.

4 El sector manufacturero; 1970 = 100.

deral Alemana, países con una mayor estabilidad de los precios.⁵ El comportamiento típico de los consumidores de Japón parece estar íntimamente relacionado con la alta tasa de inflación y el resultante sentido de incertidumbre. En la medida en que la proporción marginal a consumir ha disminuido después de la crisis del petróleo, hay pocas probabilidades de que la inversión responda positivamente a los cambios en la demanda efectiva, especialmente en condiciones de una tasa extremadamente baja de aprovechamiento de la capacidad.

La dificultad básica para la economía japonesa en la fase actual del ciclo económico se expresa en la deficiencia estructural de la demanda efectiva en el sector privado en conjunto. Tal deficiencia ha tenido que ser compensada por un creciente déficit presupuestario y por el exceso de inversiones en el sector externo, que es superávit en el balance de la cuenta corriente. Ésta es la forma real en que ha ocurrido una reducción de la "absorción" interna tal como se requiere para mantener un equilibrio económico global. Del cuarto trimestre de 1973 al trimestre correspondiente de 1977, la producción real del Japón ha aumentado en 14.2% (véase el cuadro 2). Pero, la absorción interna, o la suma del consumo y la inversión, ha aumentado en 5.2%, lo que significa solamente una tercera parte del crecimiento de la producción, y la principal fuerza impulsora del crecimiento ha tenido claramente su origen en las transacciones externas. No es de extrañar que la economía japonesa no haya recuperado todavía la capacidad de sostener por sí sola el ímpetu de crecimiento.

En tan vulnerable posición el precio que ha tenido que pagar la economía japonesa por el reajuste se expresa en el drástico deterioro de sus relaciones de intercambio, de magnitud y duración sin paralelo entre los países industrialmente desarrollados. Las relaciones de intercambio de Japón se han

⁵ Refiérase a la gráfica E, que muestra las relaciones de ahorros familiares en los principales países de la OCDE, *Economic Outlook*, N° 22, diciembre, 1977, p. 22.

deteriorado en más de un 30%, pasando de aproximadamente 100 (1970 = 100) en 1973 a 67.7 en el primer trimestre de 1976; de este límite se recuperó Japón, después de casi dos años, hasta más o menos la mitad del camino, pues alcanzó el 79.6 en el último trimestre de 1977. Como lo sugiere el razonamiento teórico, lograr un equilibrio de los pagos a pesar del deterioro de las relaciones de intercambio, significa que parte del ingreso real producido en Japón había sido transferido al exterior para suplir el incremento considerable de la cuenta de importaciones de petróleo. A corto plazo, un superávit de exportaciones o incluso un comercio equilibrado implica mayor pérdida de bienestar social que vivir con un superávit de importaciones cuando han aumentado considerablemente los precios de productos importados estratégicos. Este empeoramiento de las relaciones de intercambio tiende también a distorsionar la estructura de costo-precio de una economía dependiente de las importaciones, de tal manera que se pueden minar seriamente las perspectivas de utilidades y el movimiento de inversiones.

En el caso de Japón, las relaciones de intercambio empeoraron en un 33% en dos años. Para suplir el déficit de la cuenta corriente provocado por el deterioro de las relaciones de intercambio, las exportaciones tendrían que aumentar, en términos de cantidad, en un 47.7%. Suponiendo que la relación exportaciones-PNB fuera de 12.3% en 1973, esto quiere decir que aproximadamente el 5.9% (12.3×0.477) del PNB real del período anterior a la crisis del petróleo tendría que ser transferido al extranjero. Como se indica en el cuadro 3, la relación exportaciones-PNB ha aumentado, de hecho, de un 12.3% en 1973 al 17.7% en 1977 y este aumento en el porcentaje de exportaciones ha hecho posible que las cambiantes relaciones de intercambio extraigan aproximadamente 5-6% de la producción real de Japón para transferirla al extranjero. La absorción interna debe haberse reducido según la misma cantidad en términos relativos. Mientras las relaciones de intercambio sigan sin corregirse, la transferencia de ingresos reales al extranjero se mantendrá

año con año, aun cuando la tasa de crecimiento del nivel reducido de ingreso real no se verá afectada adversamente si las relaciones de intercambio no siguen empeorando. Como contraste, la reciente mejoría en las relaciones de intercambio es, sin duda, un factor positivo para aumentar la tasa del crecimiento económico.

IV. Perspectivas de crecimiento a mediano plazo

Esperamos que el análisis anterior haya mostrado que la economía japonesa ya ha llegado al momento crítico de cambiar de una trayectoria de crecimiento acelerado a una nueva de crecimiento moderado, al finalizar el decenio. Al sobreponerse al proceso de reajuste, la crisis del petróleo tan sólo agravó las dificultades que la economía japonesa había padecido en su transición histórica. ¿Cuáles son, entonces, las implicaciones de la crisis del petróleo para las perspectivas japonesas de crecimiento a mediano plazo?

Cabe mencionar que fue necesario el choque externo de la crisis del petróleo para que los que formulan las políticas oficiales en Japón se convencieran de la necesidad de hacer frente a la disminución de la tasa de crecimiento económico. En febrero de 1973, se adoptó el Plan Económico y Social Básico (1973-77), que subraya el concepto de la sociedad de bienestar como guía de la política oficial, pero la política todavía se basaba en el supuesto de que se podría mantener a mediano plazo una tasa de crecimiento anual promedio de 9.4%. Aunque un poco inferior al objetivo del plan de 1970 (10.6%), la tasa de crecimiento postulada todavía encajaba en el mecanismo tradicional de crecimiento orientado a las inversiones. No obstante, la crisis del petróleo repentinamente llevó al país el mensaje de que las antiguas condiciones de oferta casi ilimitada de recursos y materias primas relativamente baratos, habían sido sustituidas por las de un mundo con recursos limitados y, por tanto, con "límites al crecimiento". La tasa de crecimiento real que se escogió como meta del nuevo plan quinquenal (1976-80) en la primavera

de 1976, ha sido reducida al 6% anual; es decir, se reconoció que la economía japonesa crecería en la segunda mitad de la década de 1970 sólo la mitad de lo que había crecido la última mitad del decenio anterior.

Este drástico cambio en la meta de crecimiento es tanto más extraordinario cuanto que en los países industrialmente avanzados continúa la tendencia a crecer más o menos a las mismas tasas anteriores a la crisis del petróleo, o incluso más altas. En el documento del plan, las razones que se dan respecto a la selección de esta meta de crecimiento no son totalmente claras. El plan menciona el deterioro de las relaciones de intercambio. También, subraya la necesidad de administrar con cuidado la economía para mantener el crecimiento japonés acorde con la limitada oferta de recursos externos, así como con las limitaciones de la base material interna —tierra, agua y medio ambiente. Aunque es obvio que estos factores son importantes para determinar el crecimiento de la capacidad de producción de una economía, debe señalarse que el proceso de deterioro de las relaciones de intercambio del Japón con los demás países casi se completó en 1976, con pocas probabilidades de continuar en el futuro. Era poco probable que la oferta de recursos se viera sujeta, por lo menos en ese momento, a restricciones cuantitativas severas, y podía esperarse que una economía en buenas condiciones se ajustaría sin gran dificultad a cambios lentos o graduales en los precios de los recursos.

En teoría, como se dijo antes, la tasa de crecimiento potencial, o lo que Harrod llamó la tasa natural de crecimiento, es determinada por la oferta de factores de producción, sobre todo por el total de ahorros y fuerza de trabajo nacionales y la tasa de progreso tecnológico. Debemos reconocer que estos factores no están muy relacionados directamente con las condiciones de oferta del petróleo. No obstante, es necesario analizar con cuidado las formas particulares en que el comportamiento de cada variable económica y social relacionada con estos factores pueda ser afectado por los cambios económicos y sociales recientes.

En mi opinión, en cierto aspecto, la crisis del petróleo afectó decisivamente el funcionamiento de la economía mundial y, por ende, las condiciones externas futuras del crecimiento a mediano plazo de la economía japonesa. Es obvio que las acciones de los países de la OPEP agravaron la incertidumbre respecto a si los países dependientes de las importaciones seguirán controlando la situación de la oferta de recursos naturales estratégicos, especialmente en vista del creciente nacionalismo en relación con los recursos. El drástico aumento de los precios del petróleo también provocó que la situación de la balanza de pagos mundial se distorsionara a tal grado que es innegable la posibilidad de que se alteren seriamente los flujos comerciales y de inversión internacionales a través de políticas de mendicidad por parte de los países que padecen una fuerte presión. En resumen, la crisis del petróleo, a la vez que intensificó la inestabilidad de la economía mundial, también agravó las dificultades internas de estancamiento-inflación inherentes a las sociedades occidentales industrializadas, al debilitar la respuesta positiva de la demanda del sector privado —la demanda de formación de capital, en particular. Muy a la larga, quizá se pueda concebir que el potencial de crecimiento de una economía está totalmente determinado por la oferta de factores físicos de producción, pero no debemos pasar por alto que hay ciertos elementos elásticos, relacionados con las respuestas psicológicas de los que toman las decisiones, inclusive el “espíritu animal” de los empresarios privados, que participan en el grado de realización del potencial físico. En este sentido, es obvia la influencia considerable que la crisis del petróleo ha ejercido en las perspectivas de crecimiento a mediano plazo de la economía japonesa.

En la fase actual del ciclo económico, las dificultades básicas del proceso de “recuperación” económica del Japón están íntimamente relacionadas con el problema del período de transición de una tasa de crecimiento alta a una baja —es decir, la drástica reducción de inversiones privadas en equipo, para ajustar la tasa de crecimiento del capital social pro-

CUADRO 3
DEMANDA Y PRODUCCIÓN EN TÉRMINOS REALES (A LOS PRECIOS DE 1970)

	Cambios porcentuales a partir del período anterior					Cambios porcentuales desde la crisis del petróleo			Participación en la composición		
	Promedio	1973	1974	1975	1976	1977	Recesión 1973: IV a 1975: I	Recuperación: 1975: I al último 1977: IV		1973	1977
PNB (=)	10.2	9.8	- 1.3	2.5	6.0	5.1	- 0.8	15.1	14.2	100.0	100.0
Consumo privado	8.7	8.3	1.5	6.2	4.4	3.2	2.9	10.9	14.1	50.6	52.2
Consumo público	5.9	7.3	4.4	7.4	3.8	3.6	8.2	12.9	22.1	7.9	8.5
Formación de capital bruto fijo	13.4	12.9	-10.2	- 2.7	3.6	4.3	-15.1	11.5	- 5.3	37.2	31.2
Viviendas	15.1	15.7	-12.9	7.3	6.9	-0.2	-14.9	14.2	- 2.8	7.4	6.6
Inversión privada fija	14.0	18.5	-10.8	-13.1	3.4	2.9	-24.3	5.4	-20.0	20.4	15.0
Inversión pública	11.2	0.8	- 6.7	11.5	1.7	10.2	6.5	19.7	27.6	9.4	9.7
Formación de capital Excedente de la cuenta corriente en el extranjero	(0.6)	(17.6)	(-18.6)	(-18.6)	(7.9)	(3.4)				3.4	1.9
Exportaciones, etc.	(0.3)	(-14.5)	(-94.2)	(69.1)	(27.5)	(30.0)				0.8	6.2
Importaciones, etc.	15.2	7.3	21.2	4.4	16.8	10.4	22.2	28.3	56.8	12.3	17.7
	13.8	23.0	12.4	- 8.2	8.0	2.0	- 3.2	4.8	1.5	11.4	11.5

Nota: Las cifras entre paréntesis significan contribuciones al crecimiento del PNB. Fuente: Agencia de Planificación Económica, estadísticas de ingresos nacionales.

ductivo a las condiciones de una tasa de crecimiento más lenta. Esto es, en esencia, lo que ha sucedido con la posición relativa de la formación de capital privado en Japón desde la crisis del petróleo: la parte del gasto nacional bruto real que el sector privado dedicó a la inversión para la producción se redujo de 20.4% en 1973 a sólo 15.0% en 1977 (véase el cuadro 3); lo cual está de acuerdo, en términos generales, con el pronóstico del plan en el cual se consideró que dedicar un 14.2-15.5% del PNB a la inversión privada en equipo era congruente con el 5.8-6.2% de crecimiento anual, según las suposiciones relativas a los términos internacionales de intercambio. Pero, a medida que la formación de capital privado se ajustó en sentido descendente, se creó una gran brecha deflacionaria. La deficiencia prevaleciente de la demanda condujo a una tasa muy baja de utilización de la capacidad productiva y a una compresión considerable de las utilidades, lo cual, a su vez, ha tendido a desalentar aún más la actividad inversionista.

El proceso se puede describir de otra manera como una situación de ahorro excesivo por parte del sector mixto de la empresa privada y la familia. La economía japonesa siempre se ha caracterizado por una tasa de ahorro excepcionalmente elevada, que es al mismo tiempo causa y efecto de un crecimiento económico acelerado. La tasa de ahorro personal no sólo se mantuvo alta durante la recesión posterior a la crisis del petróleo, sino que hasta ha tendido a subir al increíble nivel de 24-25% de los ingresos familiares disponibles. Hay razones para esperar que no se intensificará la disminución del consumo personal siempre y cuando se despejen las dudas respecto a las posibilidades de inflación de los precios. Sin embargo, a medida que se reduce la demanda de consumo, una de las formas eficientes de restaurar el equilibrio entre el ahorro y la inversión sería ampliar la demanda en dirección del gasto público, sobre todo el destinado a la construcción de viviendas y al mejoramiento del sistema de seguridad social, como contrapeso a la deficiente demanda de inversión en el sector privado. La base de esta solución

estriba en el hecho de que en Japón, el comportamiento anterior del ahorro estaba asociado con la inseguridad respecto a la vejez y la deficiencia de los servicios de bienestar social.

En pocas palabras, los problemas que dificultan el paso de la economía japonesa a un crecimiento estable y autónomo no son simplemente cuestiones de deficiencia de la demanda efectiva. Lo que necesita ahora la economía de Japón para emprender con agilidad un proceso de revitalización vigorosa a mediano plazo es una serie de ajustes estructurales de magnitud considerable. En general, la estructura de la oferta de bienes y servicios, que en el pasado se conformó a una tasa de crecimiento muy rápida, no encaja en la nueva estructura de la demanda. La respuesta del cuerpo económico a los estímulos externos se ha anulado debido a que los ajustes estructurales defectuosos han socavado los efectos multiplicadores y catalíticos interindustriales. Actualmente, existe en Japón un gran número de industrias que han dado en llamarse "estructuralmente deprimidas", que son sobre todo aquellas cuya capacidad productiva se había extendido excesivamente bajo las condiciones del crecimiento acelerado. Es probable que la solución adecuada a los problemas de estas industrias no sea solamente la administración de la demanda global. El comercio exterior japonés también está plagado de problemas heredados del período de crecimiento acelerado. Dado que la estructura de las importaciones y las exportaciones sigue siendo reflejo de lo que se requería para mantener la economía del país en la trayectoria del crecimiento acelerado, a la luz de los cambios de circunstancias es más bien difícil evitar un desequilibrio en la posición respecto a los pagos, lo cual ha sido la raíz de los recientes conflictos comerciales internacionales.

A la larga, la estrategia de crecimiento de Japón deberá basarse en una política prudente de ajuste de los patrones tradicionales de uso de la energía al cambio de los precios relativos. Mientras la estructura de la demanda no dependía en forma considerable del consumo de energía, debido a que se dedicaba una parte relativamente baja del suministro

de energía a la satisfacción de las necesidades familiares y de transporte, la estructura de la producción japonesa sin duda se caracterizó por un uso de energía relativamente intensivo. Las características estructurales han producido efectos importantes en el proceso de ajuste al cambio de precios del petróleo. A pesar de la reducción del crecimiento de la demanda, no se ha observado un ahorro extensivo de energía⁶ y en la práctica no ha sido fácil adaptar la estructura de la producción a los cambios de la demanda, debido a la elasticidad relativamente baja de precios de la demanda de energía. En estas circunstancias, el efecto predominante de la crisis del petróleo ha sido, a la larga, una mayor inestabilidad del proceso de crecimiento y una mayor disminución de la tasa de crecimiento, en vez de la restricción efectiva del uso del petróleo. En otras palabras, los efectos deflacionarios del aumento del precio del petróleo sobre la demanda se han acumulado en gran parte en el interior del cuerpo económico japonés, afectando adversamente las perspectivas de utilidades de los empresarios privados y causando una reticencia a invertir. A menos que supere sus desequilibrios estructurales básico, a la economía japonesa le será más bien difícil escapar de la trampa de una situación de estancamiento-inflación prolongada.

Ahora, exactamente cuatro años después de la crisis del petróleo, todavía no se puede decir que la economía japonesa haya recuperado la salud y la fortaleza internas de un crecimiento equilibrado y autónomo. En este contexto, la pregunta final se relaciona con el período de transición de un crecimiento acelerado a una nueva trayectoria de crecimiento estable, o lo que casi es lo mismo: cómo salir del atolladero actual para emprender un nuevo crecimiento a mediano plazo. Si la economía permaneciera largo tiempo sumida en el estancamiento, el resultado de la destrucción extensiva de los

⁶ Se ha calculado que el ahorro real de energía en la actividad industrial durante el período de 1973 a 1975 fue sólo del 1.6%. Economic Planning Agency, *Keizai Hakusho 1977* (Panorama Económico de Japón, 1977), p. 187.

recursos económicos y de las oportunidades anteriores podría interpretarse como un "aterrizaje forzoso" de la economía. ¿No puede concebirse alguna forma de "aterrizaje suave" en el que se reduzcan al mínimo las pérdidas de la transición?

Se ha sugerido, por ejemplo, que la política podría ser tantear con cuidado el terreno y tratar de obtener lo que se da, sin alterar mucho las relaciones actuales. Se trataría de empezar con un ritmo lento de crecimiento, que gradualmente se aceleraría hasta alcanzar el nivel postulado de crecimiento a mediano plazo. Pero también se ha argüido que con esta estrategia las inversiones podrían estancarse más, debido a que no se tomaría ninguna medida para mejorar las expectativas de utilidades de las empresas privadas. La expansión insuficiente de la capacidad de oferta podría incluso impedir que la economía tomara finalmente la trayectoria de crecimiento a mediano plazo. Una alternativa consistiría en fijar como objetivo una tasa de crecimiento mucho más alta, para empezar, primero, por medio de la restauración del equilibrio económico y, después, reduciendo conscientemente el ritmo de crecimiento, "aterrizando suavemente", de la tendencia a mediano plazo a la nueva trayectoria. Pero, a pesar de lo atractiva que pueda parecer esta idea, su realización está limitada por las severas condiciones en que está funcionando la economía japonesa. A menos que tal política de expansión se refuerce lo suficiente con medidas políticas aplicadas a precios e ingresos, y de otro tipo, destinadas al ajuste estructural, hay grandes posibilidades de que avive las espirales inflacionarias.

En las condiciones actuales, el objetivo político correcto consiste en cerrar la brecha deflacionaria estimulando la demanda efectiva a un ritmo mayor que el del crecimiento del capital social. En tanto que se puede tolerar cierto aumento en el nivel de los precios, a toda costa debe evitarse que la tasa de inflación se acelere, ya que esto debilitaría el cálculo económico y por ende desestabilizaría el proceso de crecimiento. Pero un enfoque demasiado cauteloso resultaría en un ritmo de crecimiento de la demanda demasiado lento, que

no contribuiría lo suficiente a reducir la brecha actual entre la tasa de crecimiento potencial y la tasa de crecimiento real. Éste es un momento difícil en el que se tiene que decidir la política de crecimiento; el gobierno sólo cuenta con una gama muy reducida de opciones políticas para conducir la economía entre el peligro del estancamiento, por un lado, y el de la inflación, por el otro.

Traducido del inglés por Cristina del Castillo